

El centurión reprimió un gesto de desagrado, giró la cabeza y echó mano del jarro de *posca*, mezcla de vinagre y agua, que había depositado en el suelo. Se acercó el recipiente a los labios sedientos y bebió un trago largo y generoso. A continuación, se enjugó la boca con las últimas gotas del ácido líquido y lanzó un largo escupitajo de asco contra las piedras peladas que cubrían la tierra. Se sentía cansado de perpetrar ejecución tras ejecución desde hacía dos días. No abrigaba ninguna duda de que aquellos judíos eran gente especialmente repugnante, pero el crucificar a uno tras otro había comenzado a producirle un tedio insoportable. Siempre lanzaban los mismos alaridos cuando se les clavaban los miembros a la cruz, siempre gritaban las mismas palabras en aquella lengua gutural y desagradable y siempre emitían los mismos gemidos en los instantes inmediatamente previos a la entrada en la agonía. Pese a todo, había que reconocer que eran resistentes.

Desde que las legiones del general Tito Flavio Vespasiano habían iniciado el asedio de la ciudad de Jerusalén no había faltado ni un solo día la ración correspondiente de crucificados. El efecto que semejante rigor había tenido sobre el paisaje no podía resultar más claro. Cuando habían acampado por primera vez en las cercanías de aquella población, abundaban los árboles hasta el punto de que, en algunos sitios, impedían con su frondosidad contemplar la urbe. Ahora apenas quedaban algunos tocones como mucho y despojado testigo de lo que habían sido aquellos bosquecillos. Bosquecillos seguía bebiendo, esa era la verdad, pero de cruces.

En cualquier caso, el castigo impuesto por Tito Flavio Vespasiano podía ser calificado de severo, pero jamás de injusto. Tenía que reconocer que aquel pueblo de fanáticos le repugnaba de una manera especial. En sus catorce años de servicio en las legiones había conocido a egipcios y sirios, a griegos y frigios, a nabateos y partos, pero ninguno de aquellos pueblos, en su mayoría bárbaros, le había provocado un desagrado similar. ¡Curiosas supersticiones las que profesaban los judíos! Para empezar estaba aquella creencia suya en un solo dios... ¡Un solo dios! ¡Ja! ¿Quién podía creer que todo lo que abarca la mirada cuando al despertar se abren los ojos procedía de la mano de una divinidad única? ¡Hasta un niño negaría semejante aserto! Era obvio que el mundo tenía que haber sido creado, que no había surgido de la nada; pero un solo dios... ¡Qué ocurrencia!

Y si solo fuera eso. Porque además estaban sus costumbres bárbaras. No se trataba solo de que no tuvieran imágenes de aquel dios extraño porque decían que no se podía representar. Lo que en el fondo más le molestaba al centurión era la falta de sentido práctico que dejaban de manifiesto a la menor oportunidad los judíos. Para empezar, estaba esa negativa fanática a deshacerse de los niños recién nacidos que no fueran deseados por los padres porque consideraban que era un crimen. ¡Un crimen! Pero ¿qué persona en su sano juicio habría aceptado cargar con un hijo o querido, y más si se trataba de una niña? Los romanos -incluso los griegos antes que ellos- habían practicado siempre la *expositio*. El bebé no deseado, y si se trataba de una hembra era la mayoría de los casos, era abandonado para que muriera. Aquellos judíos, sin embargo, se empeñaban en dar de comer a aquellas bocas inútiles...

Claro que no podía esperarse otra cosa de semejante pueblo de haraganes. Si hasta pretendían que su dios invisible e imposible de representar les había ordenado no trabajar un día a la semana. ¡Un dios que llamaba a la gente a la holgazanería! ¿Qué habría sido de la grandeza de Roma si todo el mundo hubiera dejado de trabajar un día de cada siete?

Sacudió la cabeza como si así pudiera verse libre de aquellos pensamientos que le irritaban y le aburrían a la vez, y echó un vistazo a sus hombres. Acababan de concluir la desagradable tarea de clavar en una cruz a otro de aquellos pestilentes

judíos y ahora se afanaban por levantar de tierra el patíbulo. Era una maniobra fácil, pero en ocasiones, por apresuramiento o torpeza, salía mal. En realidad, bastaba con que tiraran con un poco de destreza de las cuerdas que sujetaban los maderos para que se deslizara hasta el hoyo donde debía quedar enhiesta la cruz. Luego solo era cuestión de izarla. Es verdad que en ese momento la cruz temblaba un poco y el condenado aullaba de dolor e incluso podía salpicar de sangre, pero peor era el combate cuerpo a cuerpo en el campo de batalla.

Contempló, cansado pero con un cierto tinte de satisfacción, cómo sus hombres ejecutaban aquellos movimientos de la mejor manera posible. Sí, se traba de veteranos y había hecho mal al desconfiar en su pericia como verdugos.

Echó un vistazo al lugar donde, agotados y cubiertos de suciedad, esperaban la ejecución los cautivos. Quedaban tan solo tres. Bien. Con un poco de ayuda de los dioses, podrían tomarse un descanso antes de que sonara la hora del rancho. No estaría de más que supervisara de cerca las tres últimas crucifixiones.

-¡Lucio!

La voz sonó con la suficiente fuerza como para que el centurión detuviera sus pasos y se volviera hacia el lugar del que procedía. Reconoció inmediatamente a Agatocles. Era un viejo desagradable de aspecto aceitoso que había ido siguiendo a las legiones de Tito Flavio Vespasiano desde el mismo inicio de la campaña contra los judíos. Por lo que sabía, estaba haciendo buenos negocios con los prisioneros.

-¿Qué quieres? -preguntó cansinamente el centurión.

-Poca cosa -respondió Agatocles mientras sus ojillos gatunos desprendían un brillo de reluciente codicia-. Tan solo hablar contigo a solas.

El centurión dudó por un instante y, finalmente, se acercó a donde se encontraba el griego. ¿Hablar? Agatocles no despegó los labios. Mientras aquella sonrisa pegajosa seguía sin caerse de su boca animal, sacó de su túnica un rollo y se lo tendió al centurión.

Sin apartar la vista de su interlocutor, el legionario tomó el pergamino y lo abrió. No era ducho en letras, pero sabía lo suficiente como para reconocer el sello del propio Tito Flavio Vespasiano. También estaba dotado de la pericia suficiente como para leer e interpretar una orden. El texto era claro. Debía entregar inmediatamente a Agatocles a todos los judíos que esperaban a ser crucificados. Bien mirado era una manera como otra cualquiera de trabajar menos y el calor y las moscas no eran especialmente agradables a aquella hora del día.

Por el raballo del ojo contempló cómo sus hombres habían tendido a uno de los tres judíos sobre una cruz. Todavía podía impedir aquella ejecución, pero fingió no verla e hizo oídos sordos a los alaridos del cautivo mientras le taladraban las manos con los clavos. Agatocles no dijo palabra, pero se veía que sufría ante la vista de un esclavo que se le escapaba y que, seguramente, ya había pagado.

El centurión consideró que había obtenido suficiente satisfacción humillando al griego y privándole de una parte de sus beneficios. Debía entregar a los otros dos, porque desobedecer una orden de Tito Flavio Vespasiano se pagaba directamente con la muerte.

Hizo un gesto con la mano que el resto de los legionarios entendieron a la perfección. A patadas y empellones, levantaron a los dos judíos del suelo y los condujeron al lugar donde se hallaba Agatocles departiendo con el centurión.

El comerciante, al contemplar la mercancía que acababa de adquirir, no pudo evitar frotarse las manos. Aquellos dos infelices eran su presa y, a juzgar por su aspecto, valían la cantidad que había entregado por todo el lote.

-¿Te apetece un poco de vino? -ofreció con gesto obsequioso al centurión.

Sin poderlo evitar, el interpelado se relamió los labios. Sí. No estaría mal trasegar algo de vino que le quitara del gáznate el sabor agrio de la *posca*.

-Magnífico -respondió con gesto adusto.

Y así, con su cortejo servil, el griego y el centurión se dirigieron hacia una de las tabernas del campamento.